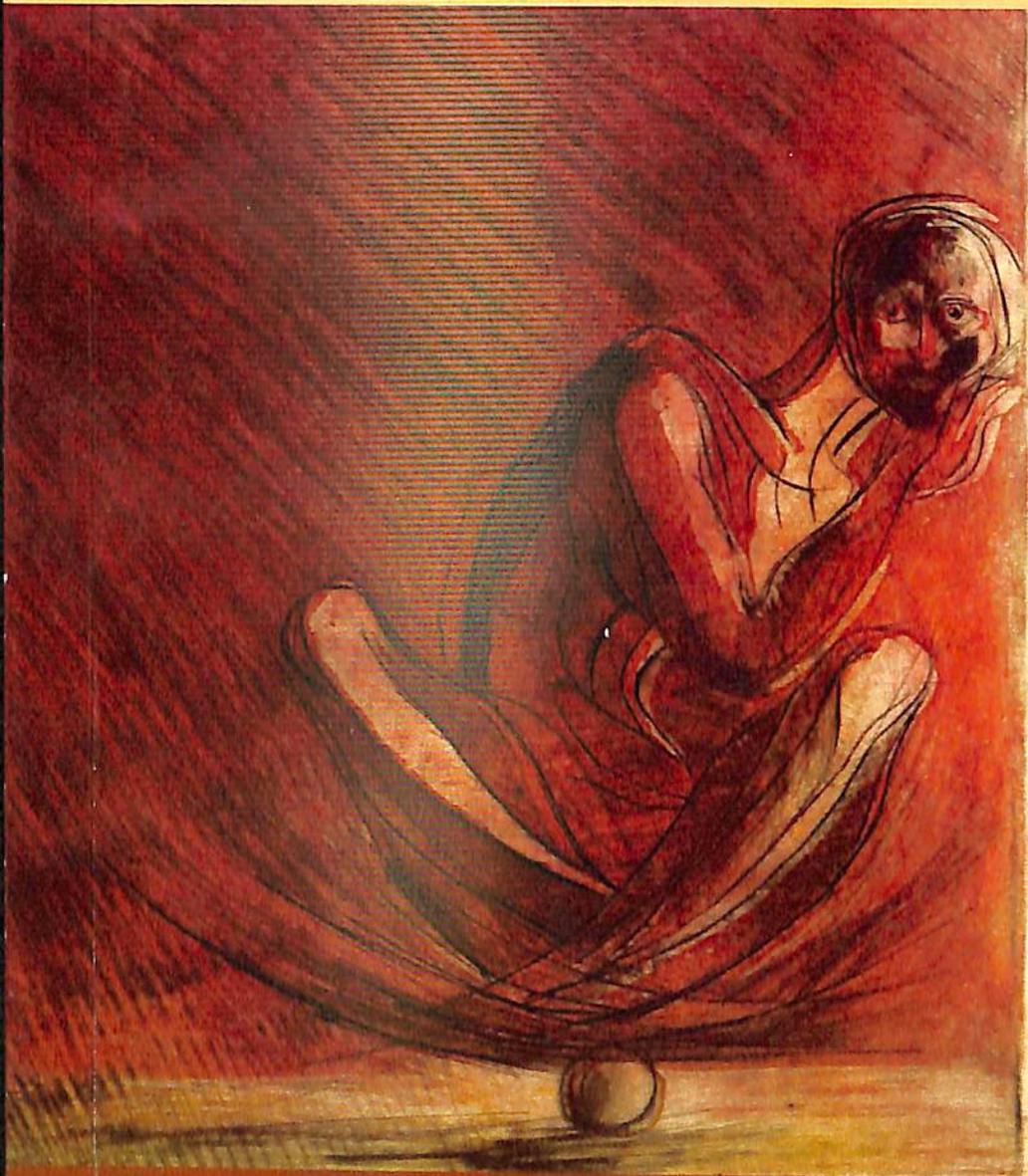


Jorge Ochoa

Tristionario Paicha

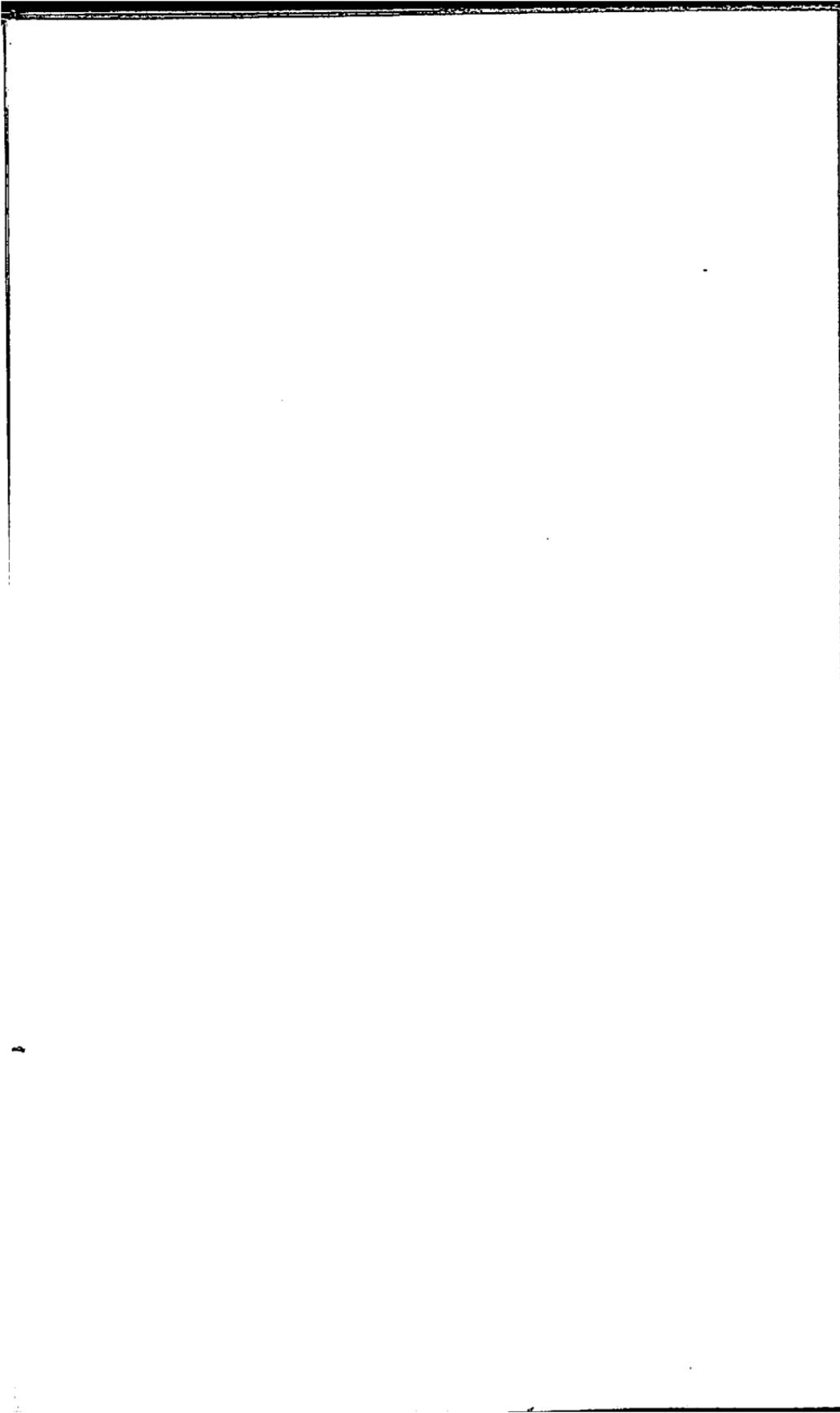


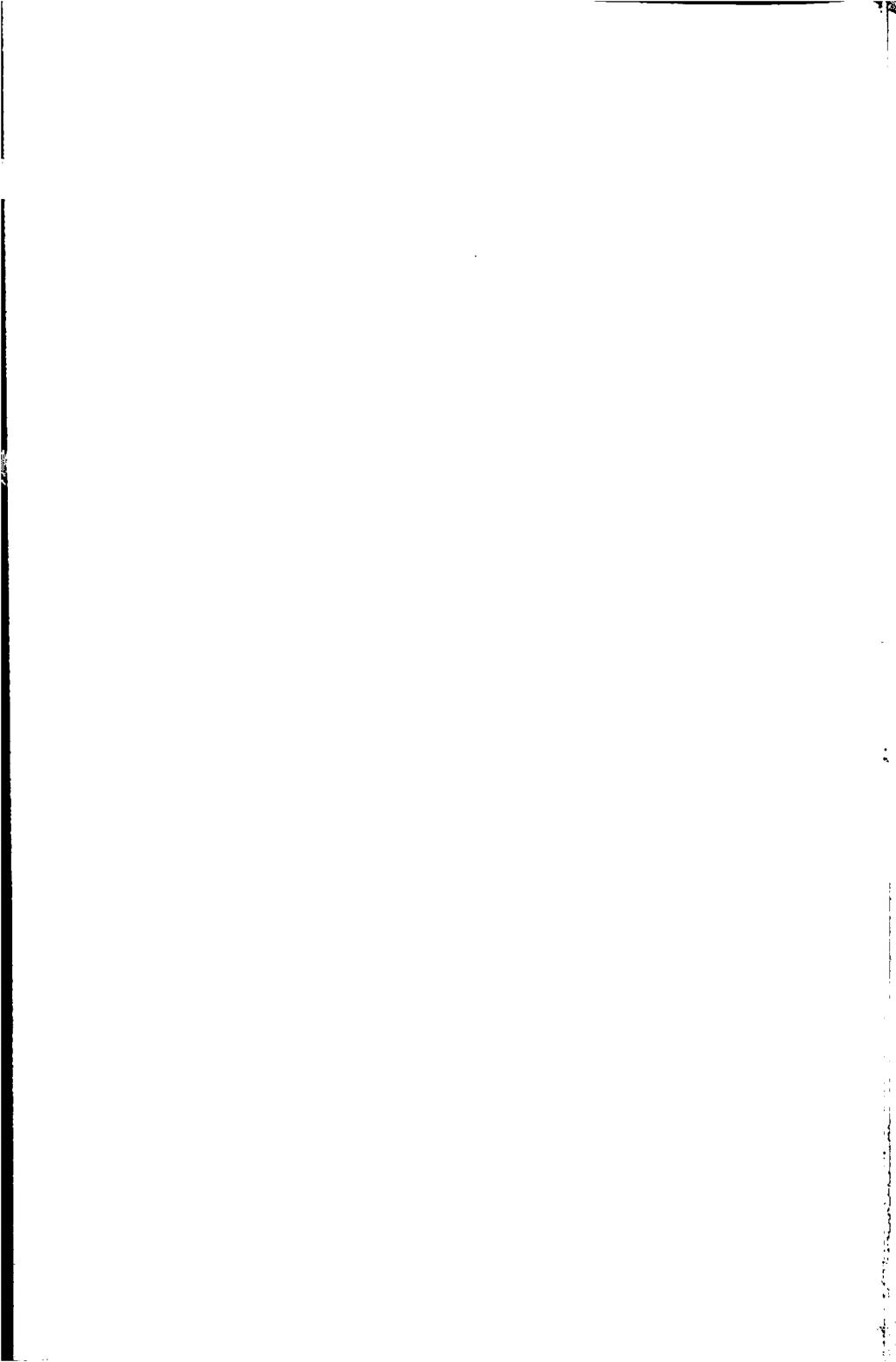
Premio Nacional de Poesía Tijuana 2010



Jorge Contreras Ochoa
(Hermosillo, Sonora, 1962)

Tiene una extensa trayectoria poética, en la cual destacan: segundo lugar en la rama de Poesía, del certamen convocado por la Revista Punto de Partida de la Universidad Nacional Autónoma de México (1988); La Guerra y la Palabra, mención honorífica en los Juegos Florales "Darío Galaviz Quezada" (1994); Duermeyela, Premio Estatal de Poesía en el Concurso del Libro Sonorense (1995); Cantidario, con el cual obtiene nuevamente el Premio Estatal de Poesía en el Concurso del Libro Sonorense (1996); Letras, Letras, Letras con el cual resulta elegido becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (1996); Monichi, Premio Nacional de Poesía "Abigael Bohórquez" otorgado por el Centro Cultural Tijuana y CONACULTA, y la Sociedad General de Escritores de Baja California (1997); Cuatro Amor, Premio Estatal de Poesía del Instituto Sonorense de Cultura (1999); el proyecto de investigación Registro Histórico-Iconográfico Abigael Bohórquez (1936-1995) con el cual es nuevamente becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (1997); De Clero Mayor, segundo lugar del III Concurso Estatal de Poesía "Alonso Vidal", convocado por el Instituto Municipal de Cultura y Arte de Hermosillo, Sonora (2003); Toturotos, Premio Nacional de Poesía "Clemencia Isaura" convocado por el Ayuntamiento de Mazatlán, Sinaloa (2004); Premio Nacional de Poesía "José Román Cancino" dentro de los XLVII Juegos Florales Universitarios, de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (2008).





PREMIO NACIONAL DE POESÍA TIJUANA 2010

Tristionario Paicha

Jorge Ochoa

20 Ayuntamiento de Tijuana
Instituto Municipal de Arte y Cultura

**H. 20 Ayuntamiento de Tijuana
Carlos Bustamante Anchondo
Presidente Municipal**

**David Saúl Guakil
Secretario de Desarrollo Social Municipal**

**Elsa Arnaiz Rosas
Directora de IMAC**

**XII Premio Nacional de Poesía de Tijuana 2010
Ganador: Jorge Ochoa
Tristionario Patcha**

**Primera Edición 2011
Ilustración de Portada: Joly Lacarra
Diseño de Portada: Rosario Vergara
Diseño Editorial: Miriam R. A. M.**

**D.R. Jorge Ochoa
D.R. Instituto Municipal de Arte y Cultura**

**Calle Segunda y Constitución s/n, Zona Centro, CP 22000 Tijuana, Baja California
Tel. (664) 688-1721**

**Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio de impresión o
copiado, sin permiso del editor.**

Registro en trámite:

Impreso y hecho en México

Tristionario Paicha

Tristionario Paicha
Fue editado por el
Instituto Municipal de Arte y Cultura del 20 Ayuntamiento de Tijuana
Se terminó de imprimir en los talleres de California Impresores
Tijuana, B. C., México

El tiraje consta de 500 ejemplares
Enero de 2011.

"A mi maestra última: Icha,
por inculcarme en la vista y los huesos el
color irreal de la vida sin vuelta, moreno
perjurio donde nacen las alas."

Prendado a la prendida espesura de las prendas que han tonificado los caprichos lumbreros de las camisas que trajinan de espacio a este corazón de perro, campeo en sábanas con babas salinas y mentiras de jabón arisco que derraman las aguas primeras al fragor de las fragatas, en duelo a marejada por rodajas de melón. Con la tranquilidad espectral de los murciélagos, el satinado auxilio del sol de los lobos, obtengo fe de quien embusta su extravío con pretexto histórico estelar y succiona la verdad en la mujer hecha pelambre. Soy quien a la altura de esta carne venerada hace de los gises su nubiarío en pronta tomería con las efimeras cabezas de Cortázar y de Borges, picadores certeros que hacen vías de trigo más allá del umbroso mal de los espejos, con las vetas del vocabulario y el Cronopio.

En un frío bilioso de cúpulas afebradas,
todos los días eternos se parecen a tu traición:
los males del pensamiento
se vuelven peor que incongruentes orquestas,
y las canciones revientan con la sangre volteada;
al luto invernal de sus broches, la noche,
me obliga a que te vea,
y te miro entre las suertes del Diablo,
haciendo de ti sus dobles encarnes.
Yo escupo de verde esa alianza
y me pincho los dedos con trocitos de luna,
y tambaleante
entre los surcos de palabras descompuestas,
sañudo de añil, me arrojé de espalda a las vides.

De vida, entre sus caras características,
fui un vividor incansable de vivirme
y beberme hasta el sentido oculto
de los biombos, los cocuyos, las cucharas:
sin hurtos sustraje
lo que me brindaban sin brindarme
los blindajes de la uva, los corpiños,
las aulas químicas de los abrevaderos
y los dedos profundos y termales;
supuse, sin tatuarme su arrogancia,
que la inefable elocuencia de los perfumes del salvado,
los ungüentos nocturnos,
los campanarios vespertinos
y los brebajes lúcidos y matinales de la malta,
me expusieron a entender lo que no interrogué jamás,
para que loco de tendido entendimiento en renglones verdes,
torcidos y secretos como ejotes,
la poesía incontestable de la Poesía,
me extendiera a tajos los deseos abismales
y torneara los ojos del Sentido.

Desde el asoleado güiro insomne, develado,
- solo como siempre y como nunca
comiendo y llorando la sopa recalentada -,
observo cómo sin tregua me observa
la trabajosa enseñanza milenaria
del tremendo y terrible *tristionario*
que carburan a mi vida
con la infecunda cerveza volada y las panochas.

Rindo a los remedos contentuales
el antifaz que me desdijo el llanterío
- como lo dice Alfonso -
cuando creí, con todas mis fuerzas,
que la ira me creía y me saviaba los canutos,
y no me condenaba nadie a este sueño ciego y sordo
de en puntos cítricos llorar a hachazos
- como Oliverio, el Girondo -
sobre mí mismo y ensumismado,
cual garabato o reborujo de septiembres pirotécnicos
y cabañuelas decoradas con venados muertos.

Maryciela podría ser muy bien tu nombre ahora,
para expanderlo de tintes litorales
y embetunarlo con rayones de argüende y margarina;
mañana, sin los fondos vibrátiles de la lotería
llegar chapoteando a las fincas
de los cielos justicieros por los cuatro vientos
- o a esa fosforada manchedumbre playera
del poniente deshaciéndose en los peñascones
que se dice de astros apenas asomados -,
y saber sentirle a los deseos los dedos
de los pies sin hojas de chamanes. Y ya,
apiñado en la música poética que elegí
o que me eligió para vivirnos, alguno
de los más chillones de mis diablos
que se repiten eternamente con mis ropas
en los adentros de las abundancias y venturas,
habrá de preguntarse con el maltrato de los riesgos
cómo será el sabor de ti, estar en ti, de ti.

Realzar a crispos los nombres mordiscados
del amor desatendido,
se pretende de estas eras
activadas por las flores del frijol
y la sombrilla cana del cilantro;

bajar tu nombre general a la llanura
para regar los surcos de los ajos
sin llorar, o, si llorar, pero contento;

lavar los chones, blusas, las piyamas,
y del tendedero descolgar oreadas
prendas de mi felicidad
y besarte a ti por dentro, con la sonrisa
del reciente libertado, y la mirada
inefable e infinita del eterno agradecido.

Enjuniado y dictador de irrealidades,
el ni célebremente triste
filósofo del absurdo,
masca mondamente
como chivo a punto de descumbrarse
triquiñuelas vicerables,
y trinidades amatorias que adormila
con tinturas verborréicas y piedritas jade.

Despiadada devoción que arranca nada,
como idiota penitente
que paga a chicotazos costras de quimera:
en polvorosos,
domeñados pensamientos de capilla
carga en los aguados ojos de ensordecedor silencio,
esta irrealidad glotona que tengo tan arborecida.

Igual que aquel patrón
que cimbrara la parca con su arbitrio,
y figuró tal cual
entre églogas y vaqueros trashumantes,
cargo con franca maravilla el atardecer manzano
bajo el silbido de cascabeles y de hachas
que osan hacer relámpago el sereno,
y da miedo en las fuentes de sí mismas repetirse.

Echo los chuchos

a los tuétanos del alfabeto y orino,
si es preciso, las polillas del pupitre,
y me enzarzo en la miseria
y los riscos del erizo y el archivo
que hace charca,
cuando abóllanse los chicharos de peltre,
y las pájaras despuntan pajareando en un pajar.

Atropellado por la plumería falsa
de fiesta y de miseria,
envuelto por asombros callejeros,
grecas y triquis, lentejuelas y ocarinas,
en las revelaciones carnívoras de una pajarita
que funde los cuchupos
con el verbo de dios y el agua quina,
sé que autóctonamente acá
los principios finales
se blanden con el machete de la escoba,
y los traguitos de arraigo
que brinda mi repatriada madre a los difuntos.

Tentación tentada ha sido
en por lo menos tres tatemás pasar sobre
mi empolvado terrícola cadáver
cual vacuno pezuñón de rancho,
pero hasta el pomposo orgullo de sulfurar
la clave para magnificar la casta de la sangre
(apesta a lenguas el festival de enfermos),
les ha faltado en rayas y en cerdamen.

Suerte debo a quien muerte pida,
cuando sacia el vómito de tanto refunfuño
la furia desatada
que me heredó el diluvio viperal
quien jamás me subiera de toxina,
perdulario o alicante; pero
fuera del duelo que no duelo ni avalúo,
por el lunático boquete
que hace el conejo en el cielo,
he salido cual vampiro mordelón
en procura del suntuario santuario
de otro breve y magnífico pescuezo,
que ate los cilisios y topacios
propuestos por el universo crudo
de los espectros condenados y profetas,
que deslizarán eternamente
por la extrema necesidad y otros espejos.

Recalar a concilios ha sido hasta ahora gratitud errabunda,
mensaje extraviado en su errancia, abatimiento y
delirio delirante de sólo caricias impropias.

Nadie podrá atestiguar con certeza siquiera improbable
este desencanto,
esta vergüenza devorante que conoce mi cocina.

En condición de códigos inconcebibles se me escurren
el amor de los amigos,
la plenitud pluvial de los desiertos que nacieron ahí,
la ruina lunática que todo lo transgrede, e incluso
la porción dúctil de la palabra que tiene el corazón
en lo que dice
y la esperanza enérgica y amuchachada que nunca más tornó.

Guevaresa de la cabellera milagrera
encrespa la sonaja errátil de los cielos con sus pidos
y ornamenta con el polvo estelar su sangre y sus arterias.
Reside en su pecho brava pena en bruto
y otro abono mundial de oscuras osamentas
que doblegan a la aurora y su sentido.

Yo le he visto cayéndose de amor
con Vallejo entre las manos.
Yo le he visto el alma encapotada
y los ojos golpeados y tristísimos
que mejor conocen los bastardos...

Pero aun resonando en los arrastres
el crespón dorado de la maldad del Diablo,
sé que son sanos y guerreros los recuentos
y por eso admito:
admito que siquiera en vez alguna
la supuse entre mis arcas;
que le vi erguida en el atracadero de mis cuantas dichas
- que no eran sino la culminación del pan -,
y que ni en la caravana de los más terribles sueños
le cambiaría en mis haberes por el cielo terrenal
de mil montañas y mil montes,
que son mi llorar constante y mi alimento.

Justo cuando las crestas gallardinas se unen
al azaroso y dormido aguacero de la matatena,
o se agota el filo de las vacas bravas
y los ojos diluviales se diluyen y disuelven
en el infinito sitio
que procura el tecolote y la lechuza; justo allí,
donde los perros labran a ladridos la acuarela,
todos los días,
antes de que el alba propague su repuesta
sin un sello de fortuna anticipada,
le rezo y rebaso a todos los deseos
para lograr tres testimonios vivos
- en los ojos mudos, los gritos sordos-
de que mi pecho aunque no es chavo sirve
siquiera para aquellos mis niños y María,
porque esta mañana sí, esta mañana sí.

En la espera de la hora en que ahora muera,
homicídame o exísteme, tú, definidora,
sin las tintas medias del que embauca
y quien embusta, o déjame intentarte
con la criba manifiesta de los dados con carga
y burdos prestidigitadores
siempre en punta de bitachera
en los picaderos y designios del chorlito:

Engáñame

en el tiempo sin lunes y sin mayos
o en el sueño más denso y más profundo,
que si algo sé
es que para eso de implorar con cordura
es más cañón el endeble que el macizo,
y que cualquier diablo
o cualquier pobre dios,
para hallarse bien parado
antes de saber creer
que dobllega a todo mundo, necesita su osamenta.

Cuando uno viene de territorios que ya no corresponden a ese plumaje de voces opalinas, y siente que debe meterse a andar con un fósforo en cualquier parte del mundo y desnudar la tersura del acné y tantas cosas -como mirar desde aquí las grandes rompientes que gobiernan hipocampos hasta mojarse los pies un poco, por ejemplo-; no crea que uno no ha estado en esa geografía de rasguño, en esa larga fiebre de elefantes y bocas reventadas, donde el dolor o la sonrisa no son premios ni reproches sino el punto exacto donde ya puede alguien si quiere, venir a plantarnos un astro o un balazo.

Cuando deslavada la existencia exija
jamás emburre en el festín de la floresta,
y el sino en signo de acuática aspereza
eleve de los estruendos del sopor
fragancias nuevas de terrones y turrone,
entraré con la cola entre las patas
-avergonzado y repentino-,
a diablurar por las letras y pantuflas
de los tantos hospitales del desastre
(la balbuceante guardería y los asilos todos),
para salir otra vez algún otro diciembre
con un hilo de voz hozando
en las paredes y las calles del suburbio mío
con el pecho empalagado hasta la sinrazón,
por el llanto anciano de los niños descuidados
y al antañón zarrapastroso del pinar salino.

Delirados ya en la ruta
los morados vaticinios de dolor lacrado
que advierte en sales oceánicas
los pergaminos sin brújula de mi cabeza
a ras de sangre por tintero y pluma de laurel,
me di merecimiento y lindes
que abarca y traza el aullido del gallo
extraviado en pautas y callado trigo:

Y aún así, allá voy desmoronado.

Abatido el sexo menguante que reventara
a monta de cuartel y desmontado sacrificio,
siéntole ayer al ancar cabalgadura
con fervor de aullido artillero,
y vuelvo a sus costillas infinitas
y sus senos inmortales como un santo
que aparta escapulario
y bebe de ella interminable plata.

Me *abocan* sus tesoros
contra estos otros labios de miedo prófugo,
y mientras intento retornar en ella
a la más remota piedra,
con ese prodigio confundido
que flota en la humedad cuajada
que acampa en las trastiendas, ella
defiende de los fundamentales jugos su huesito.

Encanecido, desniado y pervertido,
suelo hacerme suelo
para sentir los pies más ningunos que de ella
por pisarme con sus cepas y gama de brebajes,
creo que me logro
como un bicho bronco que desembucha
la sima exhausta a pomos descubiertos
en campos de trigos ilusorios,
y llora de gratitud y confusiones
joyas milenarias de vergüenza, en el paisaje
de un gemido que se calla sin poderse,
bajo el enigma difícil de una flor de carne.

Si ando muriendo pronto, no he deseado
emburdecer a la flacosa con mi vida que clarea
tanto en el vómito negro del suplicio
rayando en la demencia, como
en las maravillas retumbantes del frutal de luto;
y si enjuagada en sangre padece alguna línea
es porque conserva vida, y porque la tarde
y la mañana golpean lo mismo que la noche
y las retumbantes maravillas
que con la firma de mis labios,
en inconsolables humaredas de impaciencia,
la lengua avariciosa reinventa y recupera.

Pero antes de asumir las varas y largarme
a chupar Faros,
subiré como escozores repentinos
a mamarle el corazón sin esta alma desastrosa
con violencia de pedrada,
pero que pretende acequias detenidas
para enjuagar al mendiguero
que puede como puede salvar sangre
y vivir sin poder;
de algún modo aprenderé a aprehender
el trato ajeno y definitorio
que instala la calaca
en el pánico transversal de los relojes
que amalgaman al herido con la pala,
para levantar otra vez los ojos de la tierra
y que me mire ella
como si pensara en sus canciones selectas,
los acantilados sin fin de la noticia,
sus glorias de natilla, las cocadas,
o en el lago espeso que en sumada unción
he ofrendado padeciendo el espanto
efímero del tiempo,
en la extensa y obligada ruta de su ombligo.

En los sueños míos, prestados sueños míos,
- sin filtros de cine y perrabunda náusea –
no han existido jamás cantores
desvenándose a la sombra de abedules;
nunca he mirado en esa dilatada realidad
la pólvora musgosa
que tiñe de festejo a los brocales,
ni la furia muda
y mujerona de capullos reventados.
Nunca desfloresta
por mi cránea calaquera viva y desmayada,
el suponer a leguas el amanecer
de un besar en alfabeto alborozado
una gordita a un panadero.

No hay siquiera de esos presuntos muchachitos
duchos en alegatos métricos, alejandrinos tales,
y macizos de lengua
para voltear toros con tinteros. En fin,
únicamente, mis sueños son tonteras maceradas.

Ah, pero qué irrepetible descripción
de senos descubrí con insolente gratitud
ofreciéndose a mi boca bondadosamente demoniaca.

Amor tajado el mío que se viste a las vistas
de hostia, cocoa y granadina, tanto igual a
aquella luz campestre de hornija y villancicos,
que borbotara confundida aquel mayo
dispuesto a los telares que atajan
del rubio pregón del lluvia de oro y la perlinca
los jarabes abalorios del almíbar.

Afortunando el naranjal,
te convidé al cielo de un solo movimiento
dando traste a catacumbas frías y estelares,
que llevan por brío
las divinidades disfrazadas de la superchería,
y los cascos ligeros de las herramientas carnales.

Mínima mía.

*No hagas el más leve caso si me nombran;
si alguien me colma de hiel para tu nombre
y la saliva.*

Desnúdate como si mi nombre
te hiciera una chocita
y cuidara el amor tuyo
hasta que el mundo te gane si lo quiere.

De mí no pienses
que soy ángel disfrazado de soldado
y piensa mejor en aquellos que cantábamos
enhebrando, como ves,
la agonía que nos íbamos adornando
con horas y con flores de una buena vez
para que lo hermoso quedara perpetuado
en el corazón de la sábana y relojes.

Trabadas esas horas en el pecho y en los sesos,
las cocino nuevamente en desorden
con alegre y callada altanería,
jurando por mi sangre
y toda mi humildad balística,
que hueles, tempranura,
a nopal tierno y a buffet.

Sincronizo los derroches de mi sino
que se dan a lumbrarte
al momentar el hambre sus estrujos
y al hervir el vino, sólo para saber,
sin tu saberlo,
que mi tiempo al pendular en vilo,
reverbera de pujanza en tu camino.

Morenudamente brava suerte viva
a mi vida ven y pon.

Desígname a la corruptela de los dioses
que ni un hombre convertido en bronce bate,
y disfrútame sin misericordia la tristeza luego
como un vacío sin estómago
cuando muera mi madre, pero tú, tú, ahora,
en este segundo coagulado en un frío de sangre,
morenudamente brava, suerte viva
a mi vida ven y pon.

En la inmovilidad verdosa de la hora
que la piocha duerme en el pájaro,
llovizna a copas nieve de garrafa
y llanto de limón;
una de tus bocas
me reclama que la beba despacio,
para que revienten
como diques los piñones
que contienen la sopa viva de la falda,
y retiemble en tus tiembles la tierra
al sonoro rugir de mi don.

De fundidoras noches de virtud irrepetible,
el espíritu carnicero del desolado azúcar
que infunde el desamparo,
loco de ti, este corazón acorazado,
hasta en las credenciales de las conductas ilícitas
- a la sazón del ajonjolí y confituras diabólicas -,
arrastra a mis saludes tambaleantes
las greñas del amor chisposo y la danza del pecado
que haz potenciado en mí con verdes alfileres.

Reza tú por mí,
para que no te suelte dios
en mis cobijas sudadas y estos boleros lúbricos
batiéndose entre viejos relojes, sandías abiertas
y el querer saber qué será de la quesera.

Derrochada y percutida avispea mi mortaja
en limoneros y papayos
donde atracan mis barcos los néctares del suelo.
Maduro emponzoñado en la trinchera de los sizos
se repecha el arbitrio de verdades sin fundas
dictadas por el diablo; pero
con estos ojos insensatos
profundamente enlagramados y pipizquis
que van fraguándolas todas,
sabré grabar en el horizonte
para que no se me olvide nunca,
que todo lo que deleita delata,
aun con toda audacia limpiándose el infundio.

Flechero senil de corazón vinoso,
perturbo los nectarios de las blusas
con figuras que todavía azucaro
y que me miento en las horas nocturnas
en que me uno yo,
y me diluyo en el cascajo
de supuestos y supongos por la huevera
o el larvario del bolígrafo,
que a duchos dactilares de las plumas
dan cachimba y trascendencia.

Trago y vibro solo
ornamentado sin tintura a lo pompón
con una consigna que me cierne
y que luego seré, predicando necesidad
o siquiera cuajo negro de un pozo
milagrero y fluvial como mis fuentes,
que rezan dándote tus santiguos aliviados
de que al menos a ti,
todavía no te cuelguen las carnes
en el aullerío cornado de la luna.

Arrastrado huésped que se sabe inluzo
con la machacada savia malva de los tangos,
malnazco acribillado a la razón del día
por no saber justificar del esplendor
su anchura circular y su existencia
(que a ti te dulcifica
y domicilia como a un mango),
dígame asido al descarriado séquito
de los que no saben esperar
y mueren prófugos y tímidos,
a la sombra de un asno sin flauta
y la infamia opuesta de un bestiarío.

Darte intento así una explosión de nubes
aromada con albahacares, para que
los amarillos remotos naranjándose
en el trueno
revistan a tu vista de la contextura
y faramalla principal del palo verde,
única savia arenosa
que hace frente al ventisquero
con un verde más firme que el del cofre
y el azul lejano de los cerros, amor terco
como la correhuela y el trompillo;
inventar a besos un río de montañas
con el cielo encapotado que alegre
en otras partes la razón de los columpios,
y aflore en los panteones
biznagas volcánicas
y yucas moradas de fósforo marino;
que el suelo aloque
de lingotes repetidos sus petróleos,
las tragedias al intento se deslaven
y funjan tus mareos de pasión desblindada
como abanicos de panes comprobados en los
seres implorantes de la cal más necesitada.

Como púber tormento a punta de oropel,
desmárcame con un cristal equivocado
y la utilería ojerosa del mentir los puentes,
para que el bronce real que me defiende
deje de instrumentar mi triste rata geografía.

Animal cavado a cabos
me he rendido en la profundidad de la naranja
y las tribulaciones absolutas del jabón,
como para no entender
los chinchorros enredados del desentendido:

Sé existir en la tentación antigua del montonero,
pero sólo pido,
fíjame en un sitio tu hermosura, y mírame así.

En estos ojos sin ti que son míos y son nuestros,
padecen la caridad y misericordia
que las ratas roen en casinos y húmedas barracas,
y esta basta y triste turba de turbados.

Cierta flotilla de lunetas
que fundara la voz movilizante
de la sangre serrana que a mis celos
reverdece y verbaliza,
se ha largado a lomo de madrugada
dejándome chilloso entre cortinas nuevas
y la casa simple bien barrida para nadie.

He guardado el olor de los amores
con color de nombre enamorado, para que
estos ojos sin ti sucumban como tú lo exijas
al proteger que en tu ruina no se funde mi grandeza;
Y si puedes creerme Pajarito,
me han salido canales debajo de los ojos.

Un beso apenas recio.

Que la poesía sea en ti, y santo quién no me nombre.

A corazón de melón dispongo el semillero
que te doy maravillado cuando surges
del mechero que pabila mi quinqué;
pero andémonos, que no,
me dice de un sopapo el maleficio,
y todo lo que en mí
era aguamarina y vidrio
se vuelca en tiroteo de ventiscas,
recuas y pericos; aunque,
si la sinceridad no me subasta,
quiero no ignores, me conservo
como un petrel (de rancho) o un pedernal:
creo por ende, que no en otra parte,
la maravilla reside
en el extremo primero del ovillo,
y que si tiemblo porque estés aquí,
es porque deseo igual
nadie te azote los sacates,
y protegerte el changarro y el peculio.

Azótame maldad y trágame si quieres
ya hoy y ahora aquí que estoy vencido.

Canta a mi corazón tus ráfagas de herencia
y enséñame de hueso a hueso
a maldecir a los chiquillos;
azules mis resquicios exteriores con dineros;
ponme en el edén de los sentidos triunfadores
y ciégame la memoria en cada amanecer
para aprender a escupir, ya hoy y ahora aquí,
las anunciaciones de la levadura en el trigo.

Ya traigo a pie
dispuestas las armas y las entonaciones supremas
para cederlas en el limbo;
ya rogué y supliqué el último beso a la vida
y me vine o vengo a ti, Señora,
despidiendo a lo lejos a penas con los dedos
los banderines y el alarde humilde de los rábanos.

Quedo trunco e hincado y fundido
en la ricura visionaria establecida en el enfermo.

Azótame ahora y hoy aquí,
pero déjame también por último robar un kiwi
y que el amor eterno sin ella sea conmigo.

Desde tiempo atrás también,
cierto será
que igual que la madre del dios
que a todos nos dispone,
tu nombre global de estrados
nunca más tornó a protestar aquí
a ruegos telares y enredosos.
Y de ello, enhora, satisfécete,
pero todavía desde mí,
-aun con todo allá en el viento-
tente atenta
al atentado que a tropiezo intenta
ir sin tientos a tentarte.

Sin cobardía alguna entre los tantos, a la urgencia de salvar los erarios el espanto siniestro que abreva noche a noche en el sinfín del ábaco, que suma y multiplica como un incendio verde de música marina el deseo último de ahogarme en sus arenas morenizas, debo este purgatorio acuático de tónicos y pócimas para el vals del vómito negro que la ausencia suya recrudece y fortifica, al taponar con mendrugos empedrados la baratura de la salvación de enfrascarme en los frasquitos.

Del umbral perjurio reventado a dientes sálveme quien deba, si a bajarme de sesudos sueños montañeros ella llega a mis llanos llagados llamada de amarillo, porque si a mitad del Amor Tajado la blasfemia del olvido me rindiera, que entonces otra turba de bravos abnegados y díscolos me atice; pero estas caricias deslavándose en los ojos no vienen acá —palabra de honor—, por orgullo de memoria sino porque faltan diques, para retener la fuerza natural que pide así en la resignación como en la abundancia que puebla este polvo con plumaje de avaricia, su nombre sea simplificado.

Hoy, funesto lunes lunar del octubrero,
en la parda bribonada de los gatos
que testimonian el cloro de los lavaderos
y las muchachas relamidas en las bardas,
con una flor de luto entre los pelos
doy crispada sepultura
a la ambición de las coronas y verijas
que he advertido en mi vagario,
suelto de lujuria animalera y terrenal
a las vistas de un mezquite chileno,
una vasija y un molino quebrantado
por el falso oxígeno
de unas flores de plástico, otras pocas
de trapo, y los alguates de un nopal.

Si no tronó el chícharo
con los inciensos herrumbrados
de mis yunques y mis pensamientos lascivos
de caldos mandarinos,
lejos del granito y mármol
que da piso a veladoras
o de salir sin dulce y bien encarbonado,
bendigo a la engatuzada hermosísima ventura,
y que tanta sea entre los tantos.

Atorado entre los toros,
campos algodoneros, alacranes y estropajo,
llano y trompudo derivaba el delirante
por los ríos mentirosos del deseo,
carnes turcas y dientes newyorkinos;
un segador entreveía en el filo de la hoz
la pobre fortuna sin la espiga floral del alba
que se les pinta a los estúpidos
que no saben saber saber, y en vez de agradecer
al mundo la flor del limonero, la cagarruta
y las muchachas con nombre de lencería o de pangas,
sueñan en deslizarse
con huracanes elocuentes en ganado manso; y yo,
-torneado en la consigna
de que la vejez no quita lo pagano-
con haber saludado de mano en su caballo,
al señor cantor Jorge Cafrune.

Hablo un poco más acá de la raíz infantil,
de los poquísimos centavos que me volvían loco,
de aquella esperanza por capítulos reales,
de la capillita que no conmoví con lágrimas,
de las empanadas con sabor a viernes
y ese aullido del demonio que inventábamos.

Hablo de aquello porque no quiero
que pase desapercibido este viernes;
hablo sencillamente
porque es lindo ir de viernes en viernes
sin depositar lágrimas incurables en capillas,
sin arrugarse entre láminas, aunque debo admitir,
como se dice,
que existen viernes en que no puedo soportar
tan casual o igual agonía que desploma
con gala de alivio, esta remembranza
como una pirueta de azúcar que se embulle en carbones.

Hablo más acá de aquella tarea infantil,
de aquella señora que nunca me atreví a besar,
a quien mi amor le doy y debo tanto.

Hoy, segundo martes del ya cinco,
cuando vuelva al espeso
naranja agrio de mi patio,
valientemente labraré un cielo verde a ras de suelo
con montañas de ajo ceniciento
y cilantro milagroso de ingenua faramalla;
pintaré las paredes del baño
de un blanco transitorio que lastime almas,
e iré a lo de Ribeiro
para dar croqueta y agua a la Cachita;
en uno de los pozos que guardan la composta
plantaré un cascalaxóchitl
que me trajera hace días Isabel,
y ya agotado y sudoroso
de tanto y tanto hacerme el tonto,
sin lágrimas en la camisa ni cigarros
pero acompañado de León Gieco,
me pondré a calcar con la nariz el tiempo en que
andaba como hormiga por allí un Pajarito,
jugaba lotería y adoraba a las doctoras.

Porque quiero morir con un nombre
no liviano, tonto, ni portal,
ensayo a olear
los eléctricos confines del origen
y las nalgas jóvenes con lengua rumorosa,
aunque a cada después
borbolle en la bulla de los lloros y acuda,
maduro ya,
a respirar como un durazno perseguido
bajo la rabia
de este memorable astro mío que es un ogro.

En el ladrillero frescor
de los eucaliptos gigantes
y los silos antiguados,
con este mismo lápiz
que parece que no existe,
rallo a rayos en liso suelo
que parece que no existe,
el peso floripondio
de ese nombre que me mata
y parece que no existe:

Y de tanta y tanta, tanta
y tanta y tanta aroma a sangre,

halagado sea el Señor.

Sinembargonéandole la decisión al diablo,
es hasta ridículo que esta chavala
esté tan buena, como el azúcar sin trata,
y más solemne que la mar picada
o los terremotos de hambre
en las panzas huecas de los hijos de dios,
con un diluvio entormentado que no miento.

Succión desleal la del cornudo
si no permite que a esta deidad en uvas
le profane el soliloquio
que la hace miel entre los dulces de mora,
y en medio de estos dos sultanes, jamás civiles,
copiosos y abismales versos hemisféricos.

En los días de luto orgánico
baja al ambiente cierta puridad huesosa
que tiñe de óxidos roídos las criptas,
los tejados de dos aguas, los conventos,
y la cocina blanca
que presume los ajos en mi mesa,
exigen sin exigir a tientas la presencia femenina
con las mismas antorchas juradas del galeno,
y la procura centrífuga
de mirarla entera y abarcarle,
la aduermo con varas de dolor sin bugambilias:

Y aquí estoy para morirme.

De vivir a quejumbre en este suelo
de cactus por cirios devastado,
cada vez que te rezo en desnudo me decoro
y de fogoso orador que labia tinos y ciclones,
paso a vararme
en tartamudos trabalenguas y candados.

Lloriqueo en la santidad de la leche
de domingo a domingo,
enfermado en el valor de la manda crepuscular;
habito en un corazón emperrado allí de bruces,
y sé sin hábito
que el más hermoso día miente, y yo azulado.

Mientras la chimenea forestal presume su molote
y el canto azul del heliotropo silvestre
inflama al sol y fortifica,
la vejación del desamor que se cultiva en el olvido
prepara la estocada a la carnosidad del infinito
con sangre madura
y el aroma dulce de manzanilla pisoteada y amapola.

Fundidos los cielos del follaje
con los montes extendidos de los cirros
hay un pesar aquí que se empluma como un pollo,
y desjuevece gota a gota el minuterero
de óxidos umbrales ya vencido;
aunque un respiro mío de éter cavernícola
me vuelve a los instrumentos de la vida
que pide úsame en ti
para que revienten los penares de breves margaritas
y se escuche con enérgicos rigores la canción
del pinturero que retabla la palabra,
loco, barbado, y más llorón que un sauce,
desaguado y nítido se hace a enverdecer la sementera.

Pa' mí muchacha,
que tu amor es como
una golondrina con un toro en el pecho
que come trebolitos,
y mi amor
un perro orinando en girasoles de canales.

Será que los amores infernales
son así de silvestres.

Dejemos que croen los tenores.

Dejemos que acusen las bondades.

Ya que como todo este mal que oficio
me subleva y te reclama,
he perdido noche a días batalla por batalla,
y sigo siendo padre de nadie
sin mi niño de ojos asustados,
y sigo rumbando sin botas y sin latas.

No existe un punto de elocuencia elemental
entre el febril deseo de irme en ti,
las calabazas del prodigio, las banderas,
las pizcas y las sopas.

Sé, sí, que hay que saber creer
para ejercer el amor en la ojera y la pupila,
salvando los pedruscos motivados
por empedernidos sin tientos y por papas.

A los aires runfleros me sugiero
y pido auxilio allá en tu carne, auxilio real,
porque sólo estando allí, de reino en reino,
sabe a virtud desconocer el tiempo.

En este ánimo que ulula en despellejos,
recalo a repartir mis ligaduras
con el cuerpo que te llora apaciguada
y sin costumbres lúgubres
ni enervados zafarranchos, para soñarte
yendo hacia el mar en un bochito
y muy a lo sordo hacernos cuchicuchi
siquiera por reflejo
como los que se dicen Amor,
y lonche a lonche
desayunar deslagrimado; o entonces,
de no ser posible tal birlada,
quemados todos los cartuchos
morirme con mis cuentos sin un aura
de elocuencia
como mueren los tercos, pero recompensado
con un responso hechizo de paz testificada.

Ahí, donde en la piñata
se ufana humildemente el tejocote,
de empolladura porteña
que la cherada tacha,
halonea la jarana su verdura cafetal
por el bombacho bullanguero
cuando la esquila de los cielos
motea en magentas su vendimia nacarada,
y las muchachas redoblan su figura
con brochitos impunes
en un mechón sin término
y sin malicia jazminera; pero acá,
en mi terquedad de serte
a la luz de dos cigarros,
quedo en el tronante sueño
como el trebolito enervado
que troncha y pringa la perrada,
y sólo sabe un dios
que mi corazón espera. Y es guamúchil.

Si el retoño repasa lo lluviado
y desorbita la prestancia agarrosa del membrillo,
por qué no un beso tan inútil como el tuyo
habría de resucitar por siempre
y mantener en vilo
fragancias de yacimientos íntimos
y acorraladas consecuencias desastrosas.

Ingrátame hasta redoblar en la capilla
y su burbuja immaculada de vida arquitectónica
que subasta adredeados presagios de resurrección,
a los culpables de la nada y ciegos sin motivo.

Cómo poderme en ti Tantisima,
para que las papas y los pisos
no se sumen a la pobreza planetaria
que abastece a mis ojos estúpidos,
insatisfechos y humillados
por los nulos poderes del pensamiento
que no logra colorar el sentido físico
del amanecer total fecundo,
ni la recompensa del animalero
que se rinde descorbatado al celaje,
cuando el llanto se escucha por los poros
como un rito de golondrinas sin cauce.

Porque me vas en el ánimo de la ansiedad
y la sed clarificada,
con inversa y brutal inteligencia
de quien caballece ladrándole al forraje
en los talleres de torno y las escobas,
voy insospechado
en los esfuerzos habituales del gendarme
y la mortificada procura de la alubia;
pero cuando ruedo soñando despacito
sin una gota de irrealidad irrelevada
que puedo ir en ti en una cruz de sombra,
me vuelco en tu galaxia barrial y tu microbio.

Téngote a pellizco de pastel
disfrutada del trastorno hasta los dientes,
como resumen del otoño
que establece su panal de monerías
bañado de bruñido platino excepcional,
cual sonoro sabor
que coloriza lo ciego de la noche
y el mote borracho que fecundo de amuleto.

Sirvo a los ciervos cegatos de la corte
que algún malversado versa antiguo,
y llorante así,
trémulo de una noción que el labio exige,
alzo la agobiada espiga
que ciñe a tu díscola cintura,
y te siento caer causada e inaudita.

Y ya que el tiempo reduzca sus bombillas
y maduren los saleros del sazón trigueño,
buscar a tientas
las pócimas que el abandono ultraja,
limpiar con luz bendita
los raspones del saudade
y a los orificios tenues
de las primaveras decembrinas, acudirle
sin remilgos de la pólvora apagada.

Echaremos llanto al pebetero
para hervirlo con el lujo esmaltado
de una nueva inocencia
al rojor de los ladrillos, y lavar
con esas aguas templadas de toronja
en las bandejas vespertinas
las orejas de los burros,
y apoltronados, con los ojos abiertos,
recuperar el olor de la pintura.

De la imagen que guarde en ti,
graba con vestigios del añico
que conozco el sabor del cielo
y el vapor de los deslindes,
porque en tu lengua viví como
vive en la oración el fraile y
en el árbol el durazno expuesto.

De la imagen que guarde en ti,
ponientado al oriente, madrugoso
y sin alternativa alguna, quiera
la más mínima bonanza errante,
infinita muchacha mía,
que no lluevan
remordimientos santiguados,
pirañas y murciélagos.

De la imagen que guarde en ti,
llévame contigo
en cada niño que no llore,
para que el abra cadabra abra
cada abrazo del auxilio, y me
renueves en cada colombo llovizado
y cada día último de octubre.

Pero como la artillería del olvido
no sufre de temblores ni cansancio,
llévame contigo
de ganada o de perdida
en los deberes de la noche,
para cuidar
que no te tiren los perros la basura.

Buien día, señora mía. Buen Día.

Permítame llegarle

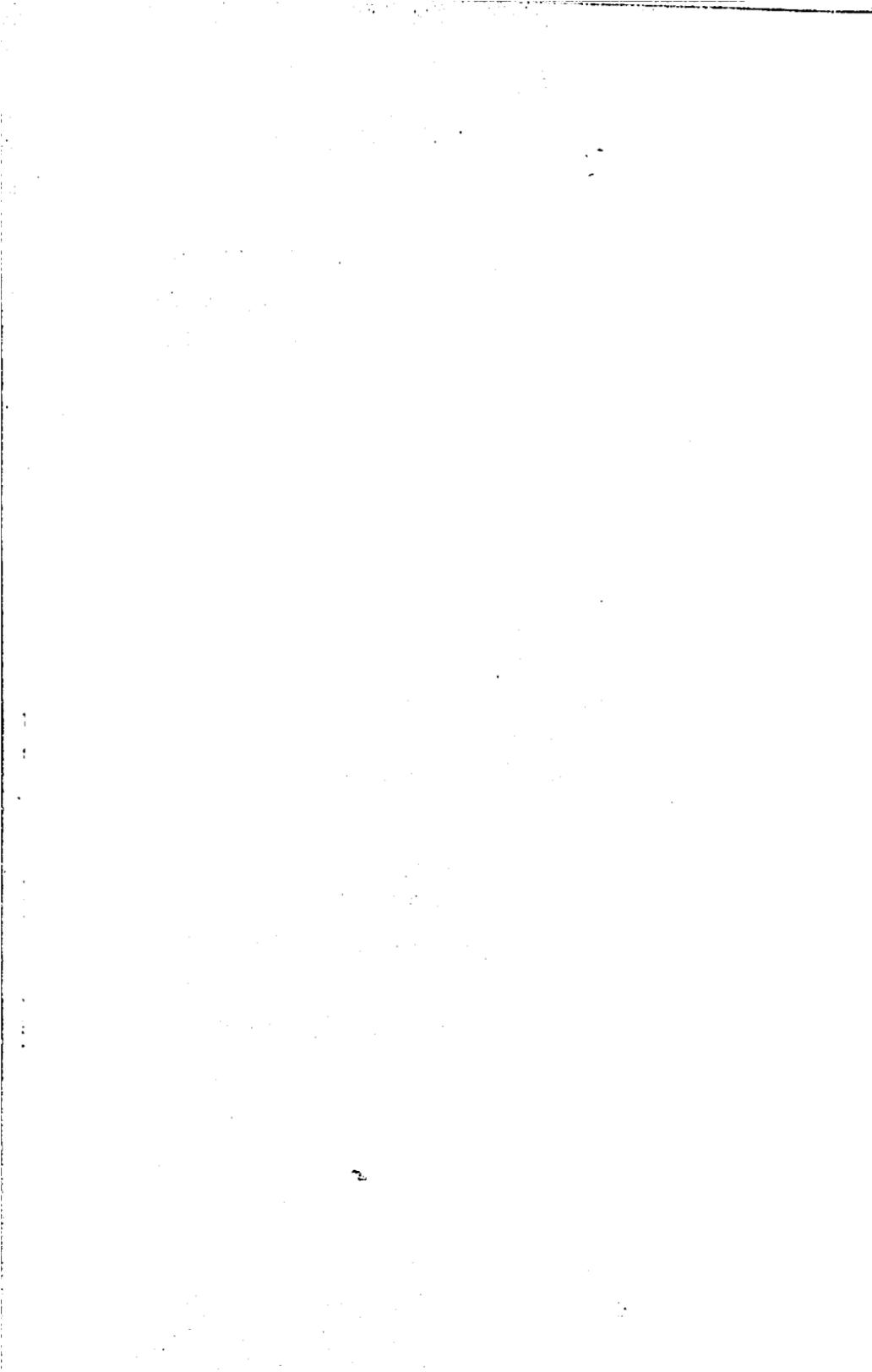
un brillo nuevo a aquellas sus sandalias
y recíbese a las muestras de otro amor
que surja colorándose magenta crepuscular,
pero que surja abierto madrugal en desvelo;
no como este moribundo nombrar su sino
en un tímpano desconocido que no reconoce
los humos petrificados en el limo sepia
de un reinventarme triste, y un resignado
contorno ocre mineral enfermo y ruinoso:
herrumbrado cristal como un hacha sin halo.

Sépame que no sólo del tufo tibio
de los recuerdos batallados vengo;
sé también
lo que es una lengua despertando a la otra
-insatisfecha y feliz-, aunque sin ignorar su saber
de un futuro berraco,
margaritas geológicas y ventanas sin vidrio.

Entre el almendro y el naranjo agrio de mi casa,
zumbando igual,
por estos días el letargo íemenino
de tu nombre caído me atravesó el olfato,
y confesé al guayacán y al palo verde
lo que nadie ni tú sabían:

Declaré que alguna hora
- que por aquellos años pudieron ser
quizá tres, dos, o tal vez cuatro -,
cuando dormías profundamente noche,
lento, temeroso, asustado y feliz, pegué sin rosar siquiera
mi nariz a la tuya para respirar al universo
con el corazón hormado con que tú lo hacías,
y salí al patio regado y presuntuoso
a besar al cielo y a cada uno de sus suelos,
tanto como a éste donde ahora
el Chamuco cegatón de Bárbara juega con el planeta a los
pasteles,
y Eros, pequeñito, se reviste de un embarrado diluviano.





Premio Nacional de Poesía
Tijuana
Otros títulos

"Polvo doméstico"
Claudia Berrueto

"La luz abandonada"
Ricardo Manuel Solíz Pérez

"Palabras más palabras menos"
Sara Uribe

"Poliéster"
Dana Gelinas

"Claridad en sombra"
Carlos Reyes Ávila

Ilustración de Portada: Joly Lacarra
Pinacoteca del IMAC

